



Visualidad e invisibilidad

Ricardo Martínez

El taller de segundo año de la Escuela de Arquitectura Usach, cuya orientación es marcadamente fenomenológica y por lo mismo, sensual¹, explora dos ideas fundamentales, que son también dos grandes problemas de la arquitectura.

1. Estructura de una espacialidad interna; y

2. Vinculación profunda de aquella espacialidad con su entorno.

A ellas se suman otras tantas ideas, pero siempre subordinadas.

Cada encargo es un pretexto para iniciar una reflexión, acerca de un problema que no se pretende cerrar con la conclusión del ejercicio, muy por el contrario, a estos problemas se volverá más de una vez durante la vida en la escuela.

Los estudiantes son, por lo tanto, animados primero a descubrir y plantear desde su punto de vista, un problema espacial, sin el cual no existe motivo para actuar. La construcción de la respuesta, o tema espacial que guía la operatoria, borrosa en un comienzo, debe robustecerse en el proceso, a tal grado que pueda convertirse en una convicción, capaz de otorgar integridad a la propuesta.



Frio



Gotas

Desde luego, existe en este proceso un comienzo arbitrario e íntimo, que en cada caso hace resonar un particular tono de respuesta. Y cabe acá pensar que, el necesario chispazo de inicio, se sostiene principalmente en la curiosidad intelectual del estudiante frente al mundo. Pues, es desde ese honesto y sencillo preguntarse por el ser de las cosas, como actitud cotidiana, que resulta posible alimentar la batería de respuestas que llamamos intuición.

En este escenario ideal de curiosidad de parte de los estudiantes, los motivos que pueden darse para iniciar un proceso de plasmación de sus ideas son numerosos y desde el punto de vista de la fenomenología, entendida como manifestaciones del mundo, percibidas por los sentidos, su número se hace virtualmente infinito.

Donde quiera que se dirija la atención habrá algo relevante: un árbol doblegado por el viento, o el líquen sobre árboles cordilleranos, un grupo de personas que se protege de la lluvia bajo una marquesina, la acera permanentemente oscura en el centro de la ciudad, el eco de un caminar de taco alto sobre un pavimento pétreo, todo. Y ni siquiera hemos nombrado las trazas que un antiguo habitar pueda haber dejado en los lugares, como nos recuerda el profesor Aldo Hidalgo. Dentro de

este conjunto inmenso de fenómenos², quiero llamar la atención sobre el subconjunto de *fenómenos invisibles* y su relación antagónica con la visualidad³.

La visualidad

El ojo, dice con poética precisión Jaime Garretón, es un «órgano formado por la luz».⁴ Sabemos además que la mayor parte de nuestras percepciones del mundo físico se realizan a través del sentido de la visión, y la lectura y comprensión espacial, desde luego, no escapan a esta circunstancia. Cuestión que se ve potenciada además por la instrucción arquitectónica tradicional, que valora y promueve expresamente la visualidad del proyecto. Sin mencionar la obsesión que tienen los arquitectos por publicar imágenes de sus obras en un estado immaculado, antes de que el usuario las estropee, habitándolas.

Pero esta comprensión espacial, primariamente óptica, es también, parcial. Como aquellas fotografías, a las cuales no podemos reclamarles información térmica, o higrométrica, salvo que utilicemos nuestra memoria para conjeturarla, como casi siempre ocurre.

Los fenómenos invisibles

De la misma manera que los niños, descubren, en el zoológico, que algunos animales, maravillosamente fotografiados en National Geographic, hieden, y que su conocimiento de ellos es, hasta ese momento, aséptico e incompleto, nosotros descubrimos que la vega central al final de la jornada también hiede y que ese aire enrarecido no es un dato anecdótico del espacio, sino un hecho físico tan contundente y central en su comprensión como el suelo sobre el cual estamos parados.

Volviendo a la escuela, recuerdo que ya en el año 2000, el profesor Jorge Lobiano les pedía a los estudiantes de taller 1 que imaginaran un mapa térmico, de un recinto en apariencia simétrico, en un empuje por «ver» cómo, una dinámica física invisible desimetrizaba la supuesta homogeneidad espacial. Todo esto mediante rudimentarios experimentos y una cuota no despreciable de especulación, pero con una intuición inicial, que posteriormente se iría convirtiendo en un convencimiento. Aquellos fenómenos físicos, eran genuinos materiales de trabajo, y su manejo constituía una profunda motivación proyectual.

La experiencia física del espacio

Esta forma de encarar la lectura y manejo del espacio, se origina como contrapunto al análisis visual más tradicional, y supone una aproximación, menos preocupada, como es de suponer, de la apariencia, o de los problemas semánticos - a veces expresados mediante un lenguaje sofisticado y autoreferente - para centrarse decididamente en la experiencia física del espacio. Que un elemento sea «perceptualmente más pesado» que otro, por ejemplo, no es ya una pregunta relevante, frente a problemas tan concretos como si un espacio es fresco o temperado⁵.

Ahora bien, para entender esta idea de la «experiencia física del espacio» es necesario asumir que lo que algunos llaman el vacío interno no existe como tal, y lo que sí existe es una diferencia sustancial entre la densidad de los elementos configurantes y la densidad

del interno configurado, dentro del cual es posible zambullirse de cuerpo entero y que por lo tanto, puede ser percibida concretamente por los sentidos básicos. Esta materia contenida entonces, es posible de calentar, refrescar, humedecer, silenciar, iluminar, oscurecer, etc. y su tratamiento, en consecuencia, pudiera ser análogo al cuidado que un coleccionista de peces presta a la temperatura, oxigenación e higiene del agua de sus acuarios. Cuestión esta última, que al parecer no ha estado sucediendo, debido a la excesiva preocupación que tienen los arquitectos por la apariencia de los vidrios de estos acuarios, en sí mismos.

Recuerdo

«Entrar en la catedral de Colonia es como entrar en una cueva oscura y fría», le escuché decir, en una oportunidad, a un veterinario alemán. Por ese entonces yo era un embelesado estudiante de arquitectura y me pareció una opinión insolente. No era la descripción que esperaba del interior de aquella catedral gótica, arquitectura a la cual ya admiraba, y supuse que su «metáfora» estaba influida por su formación luterana. Con el correr del tiempo, sin embargo, este tipo de descripciones han adquirido un significado distinto, particularmente las que mencionan de manera sencilla, lo que hemos comentado acá: la dinámica física invisible que habita nuestros espacios, y cuyo manejo plantea a los arquitectos una noble tarea: volver a acoger al hombre.

Notas

¹ Sensual : Perteneciente o relativo a las sensaciones de los sentidos. (Diccionario de la R.A.E.)

² Fenómeno: En la filosofía de Kant, lo que es objeto de la experiencia sensible. (Diccionario de la R.A.E.)

³ Visualidad: Efecto agradable que produce el conjunto de objetos vistosos. (Diccionario de la R.A.E.)

⁴ Garretón, Jaime. Espacio, devenir y la conquista del tiempo. 2003. Goethe también lo había dicho.

⁵ «La construcción de entornos frescos y temperados es uno de los máximos logros a los que una arquitectura podría aspirar» Francesco Venezia, según Alejandro Aravena. Los hechos de la Arquitectura. 1999